# La Bolsa y La Vida

*Una exposición de homenaje a*

# José Guerrero

[1914-1991] *en el centenario de su nacimiento*

Del 4 de diciembre de 2014 al 8 de febrero de 2015
Sala Alta. Palacio de los Condes de Gabia
Plaza de los Girones 1. 18009 Granada

De lunes a sábado de 11:00 a 14:00 y de 18:00 a 21:00 horas.
Domingos de 11:00 a 14:00 horas

Palacio de los Condes de Gabia
cultura

Diputación de Granada
Granada es Provincia

azul, con impronta española. De una austeridad extrema, su intervención destaca como mural, como obra de arte (en un contexto arquitectónico desnudo) por su contención, centrado esencialmente en la decisión de reivindicar un gesto, una acción claramente española, que enlaza con la vanguardia pictórica internacional."[2]

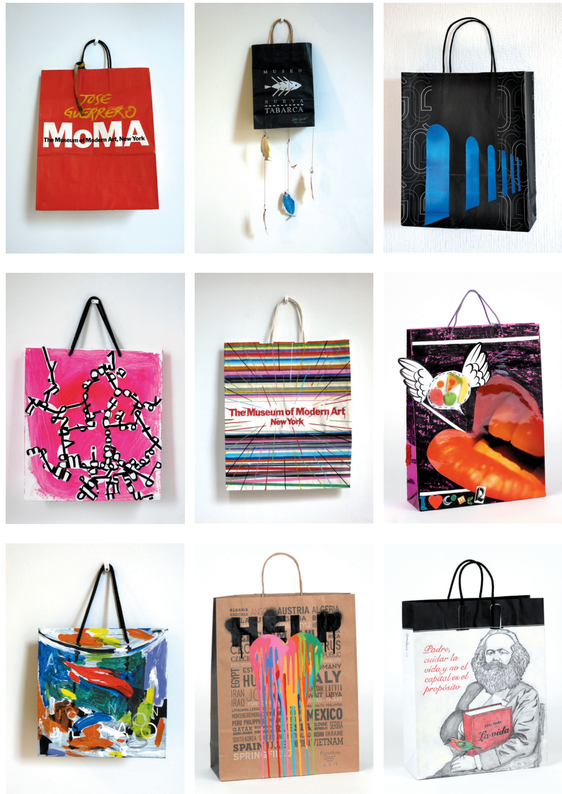
El tiempo y el progreso fueron popularizando estas bolsas por todos los rincones del mundo hasta convertirlas en imprescindibles, en parte importante y casi siempre inadvertida de nuestras vidas: algunas con un sublime diseño gráfico que invita a conservarlas –como la que dio origen a esta exposición– y otras abundando en una vulgaridad gráfica que solo se redime en la sencilla belleza de aquellas otras que llegan a nuestras vidas sin más reclamo seductor que un color puro y duro inundando toda su superficie. O, por último, aquellas otras que se nos ofrecen desnudas, con la inmediatez del blanco inmaculado, o bien con el sabor inconfundible, entre industrial y natural, del papel *kraft* –significa fuerte en alemán– que nos acompaña desde que fue desarrollado 1884 por el sueco Carl Dahl, y que parecen reivindicar su humildad como símbolo de su propia eficacia.

Unas y otras, impresas o vírgenes, han servido como soporte para convertir un encuentro azaroso en un proyecto expositivo en el que un centenar de artistas de toda clase, condición, nacionalidad y generación rinde homenaje a un artista que cada día que pasa nos resulta más cercano, además de audaz e irrepetible como la vida misma.

Y la bolsa también.

Pablo Sycet Torres
Gibraleón (Huelva), octubre de 2013 / Madrid, octubre de 2014

(1) Yolanda Romero. *Fosforescencias y otros objetos cotidianos en la pintura de José Guerrero, 1968-1972*. Diputación de Granada, Granada, 2003.
(2) Julio Juste. *José Guerrero: la expansión del tono*, 2006.
City Wiki [en línea]. 2006 [consulta: 14.10.2014].
http://citywiki.ugr.es/wiki/JOSE_GUERRERO_LA_EXPANSIÓN_DEL_TONO




De izquierda a derecha y de arriba a abajo, las propuestas para La bolsa y la vida de Jordi Teixidor, Julio Juste, Joaquín Peña-Toro, Ángeles Agrela, José Piñar, Sandra Vila, Alfonso Albacete, Manolo Cuervo y Carmen Sigler.

# La Bolsa y La Vida

*Una exposición de homenaje a*
**José Guerrero [1914- 1991]**
*en el centenario de su nacimiento*

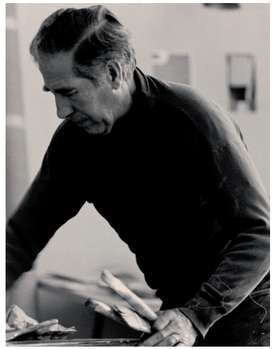
# LA BOLSA Y LA VIDA

*Todo se ha perdido salvo el recuerdo*
**Francis Scott Fitzgerald**

## I

Mediados los años 60, el pintor José Guerrero (Granada, 1914-Barcelona, 1991) ya estaba total-mente integrado en la vida artística neoyorkina y en plenitud de sus recursos formales: dueño de una iconografía propia y de una paleta de gran intensidad cromática, decidió experimentar con nuevos soportes y recursos técnicos, en una vuelta de tuerca más sobre el *objet trouvé* duchampiano, y creó una serie de obras que rompían con la constante bidimensional que había marcado su trayectoria artística. Y como fruto de ese afán por transitar territorios desconocidos surgió una serie de obras formal e iconográficamente en línea con lo que eran sus dibujos y pinturas del momento, pero a la postre muy rompedora, con lonas y bolsas integradas que daban una nueva dimensión –en toda la extensión de la palabra– a su trabajo. Y debía sentirse especialmente orgulloso de aquel desafío y de sus resultados porque, aunque eran obras que no parecían destinadas en principio para su exhibición, se le notaba muy satisfecho de sus logros y, por tanto, muy dispuesto a mostrarlas a los colegas y discípulos que lo visitaban en su inmueble neoyorkino, porque justo eso fue lo que hizo cuando Julio Juste y yo, por entonces becados en NYC, nos acercamos en el invierno de 1985 a saludarlo y a rendirle una admiración que perdura en el tiempo.

Pasó el tiempo, Guerrero continuó con sus periódicos viajes a España para consolidar su lugar y magisterio en el arte contemporáneo español –sus casas en Madrid, Cuenca y Nerja hablan claramente de la necesidad vital de mantener fuertes vínculos con su tierra–, se sucedieron las exposiciones tanto de obras recientes como las retrospectivas de la Fundación Rodríguez Acosta (Granada) en 1976, de la Casa de las Alhajas (Madrid) en 1980, de la Fundación Miró (Barcelona) en 1981 y la del Museo Nacional Reina Sofía, ésta última tres años después de su muerte, y aquellos fascinantes trabajos realizados a partir de elementos o iconografía de bolsas seguían sin verse en público, pese a lo mucho que aportarían a esa visión del trabajo de Guerrero como lo que siempre había sido: arte de riesgo.



En su texto biográfico sobre el artista, Yolanda Romero –directora del Centro Guerrero desde su creación– escribe refiriéndose a este momento: “A finales de los años sesenta, Guerrero introdujo diferentes materiales en sus lienzos (bolsas de plástico, tela o papel) en una serie que parece representar un alejamiento de la pintura “pura” que hasta entonces había practicado y que finalmente le permitió una deriva desde el expresionismo abstracto hacia otras inquietudes aparentemente más próximas a la figuración, e incluso a la estética del pop que dominaba la escena artística del momento. Desde ese punto de vista, estas obras constituyen el antecedente de la que será su serie más conocida en España, las *Fosforescencias*. En ambas series Guerrero eligió un elemento de la iconografía popular, de uso cotidiano y masivo (bolsas y cerillas), como objeto de la pintura. En ambas la composición se construía con elementos verticales, que se centran en el lienzo, coronados por una forma semicircular (asa, arco, nicho, cabeza de cerilla) y en las dos, en realidad, el tema es tan sólo una excusa que refleja claramente su madura reflexión sobre la pintura”[1].

Pocos años antes, justo cuando Guerrero había conseguido afianzar su nombre en el mundo artístico americano y varios museos habían incorporado obras suyas a sus colecciones, el artista entró en una fuerte crisis personal que lo llevó al psicoanálisis y que, muy probablemente, está emparentada con el viraje formal que tanto afecta a su trabajo y que, como apunta Yolanda Romero, lo empuja a incorporar ciertas referencias figurativas, totalmente inéditas en su obra realizada en tierras americanas y que habría que estudiar en profundidad, ya que ese episodio -con sus consecuencias formales- queda en una zona de sombra durante el resto de su vida: la serie de obras con bolsas solo se muestra parcialmente después de su muerte, en la exposición *Fosforescencias* (Centro José Guerrero, 2003). Y además -doy fe de ello- dejó una huella indeleble en su credo artístico, porque tras su regreso definitivo a España cualquier referencia figurativa que apareciera en la obra de sus epígonos era interpretada por el maestro como “un paso atrás”, una especie de traición a su opción decidida a favor de la abstracción, que ya se había convertido en su bandera y en su verdadera razón de vida (artística).

## II

Justo dos décadas después de aquel encuentro neoyorkino, en 2005, se inauguraba en el granadino Palacio de los Condes de Gabia, mi exposición *Entre dos mundos*, primera retrospectiva dedicada a mi trabajo que comisarió Quico Rivas, y fue entonces cuando, al comprar unos catálogos en el Centro José Guerrero, me reencontré con una de aquellas imágenes porque aparecía reproducida en la bolsa de papel en la que me entregaron la compra, y me cautivó el recurso gráfico –debido a Julio Juste, como autor del diseño– de la bolsa dentro de la bolsa, como una derivación del ya clásico cuadro dentro del cuadro. Y el resto de la historia hasta llegar a la lectura de estas líneas es muy previsible: guardé aquella bolsa justo a otras pocas que tenían para mí una preclara belleza o algún detalle de ingenio que justificara su conservación, sin saber que unos años después, ahora y aquí, iba a convertirse en *leitmotiv* para un proyecto de exposición de homenaje a José Guerrero en el centenario de su nacimiento: *La bolsa y la vida*.

Desde un principio, cuando empecé a imaginar esta exposición de homenaje a Guerrero, partiendo justo de ese momento clave en su vida y en su obra en que incorpora la iconografía bolsera –y, con ella, la tentación de trabajar en tres dimensiones, de la que perviven unas bellísimas propuestas realizadas en cartón– decidí que para plantearla era necesario abrir el criterio tanto como lo hizo Guerrero en su momento, cuando se aventuró en la ejecución de aquella serie de obras hace ya casi medio siglo: si se trataba de que cada pintor, ilustrador o fotógrafo participante salvara de su previsible destino una humilde bolsa de papel para darle una nueva vida, interviniéndola según su gusto y criterio con la técnica que estimara más oportuna, la libertad de acción y de opciones formales debía ser máxima: artistas de muy diversos estilos, nacionalidades y generaciones debían implicarse en intervenir estos humildes envases y, una vez convertidos en soportes, entrar en una nueva dimensión, ya sea dejando a la vista el logotipo o reclamo publicitario que originalmente trajera impreso la bolsa, o bien interviniéndolo, manipulándolo, o enmascarándolo.

Por fortuna, el gran prestigio de José Guerrero entre las distintas generaciones de artistas posteriores a la suya, y la tentación de intervenir un soporte poco habitual para muchos pintores, unido a una suerte de efecto llamada que fue encadenando participantes, ampliaron la reducida convocatoria original –pensaba por entonces en contar al final con unas 30 ó 40 bolsas– hasta llegar al centenar de obras que ahora pueden contemplarse y que, a la postre, parece la cifra perfecta si se trata de un sentido homenaje a la figura y magisterio de Guerrero en este centenario del nacimiento del artista granadino.

## III

Para un pintor de raza como era Guerrero, experimentar con las bolsas e incorporarlas a su obra debió ser una aventura arriesgada y una experiencia fascinante, y no solo por la novedad que supuso en su obra considerar y trabajar con una tercera dimensión; también por lo que tuvo de desafío formal –si lo hizo más o menos conscientemente poco importa ya, pero sería un bello punto de partida para un ensayo– ese acercamiento al pop que en aquellos años estaba arrasando y borrando del mapa al expresionismo abstracto en el que había militado desde que llegó, ya casado con Roxane, para instalarse en Nueva York: esas bolsas de papel con asas –prácticamente inexistentes en la España que había dejado atrás hacía poco tiempo– remitían directamente a la iconografía consumista de la pujante metrópolis así como al gusto de los artistas pop americanos por incorporar a sus obras elementos que tomaban prestados de los objetos de uso cotidiano y los mass-media. Tenían algo de traición escondida, de secreto pecado inconfesable: un episodio oscuro dentro del proceso de demolición que es nuestra existencia, y quizás por eso nunca se exhibieron en vida del artista.

Por otro lado creo que no es casual en Guerrero la elección de estas bolsas, creadas en su humilde austeridad para la efímera función de transportar alguna compra desde cualquier comercio a nuestra casa, puesto que pese al brillante y eficaz uso de las formas y colores en cada una de sus obras, en toda su trayectoria pictórica se puede rastrear que fue un pintor de pulso titánico pero también muy apegado a la economía de medios. Y por eso me parece oportuno recordar ahora y aquí unas palabras de Julio Juste rememorando aquel viaje conjunto que hicimos treinta años atrás como becarios: “En marzo de 1985 visité el mural que pintó en la Oficina de Turismo de España de Nueva York. La impresión que recibí fue que había echado un zócalo, y lo imaginé, sin poderlo evitar, curvando su cuerpo, con su dinamismo característico, como un performer que ejecuta un hecho trascendental, un gesto prístino, del que surgió una atractiva pastilla minimalista